

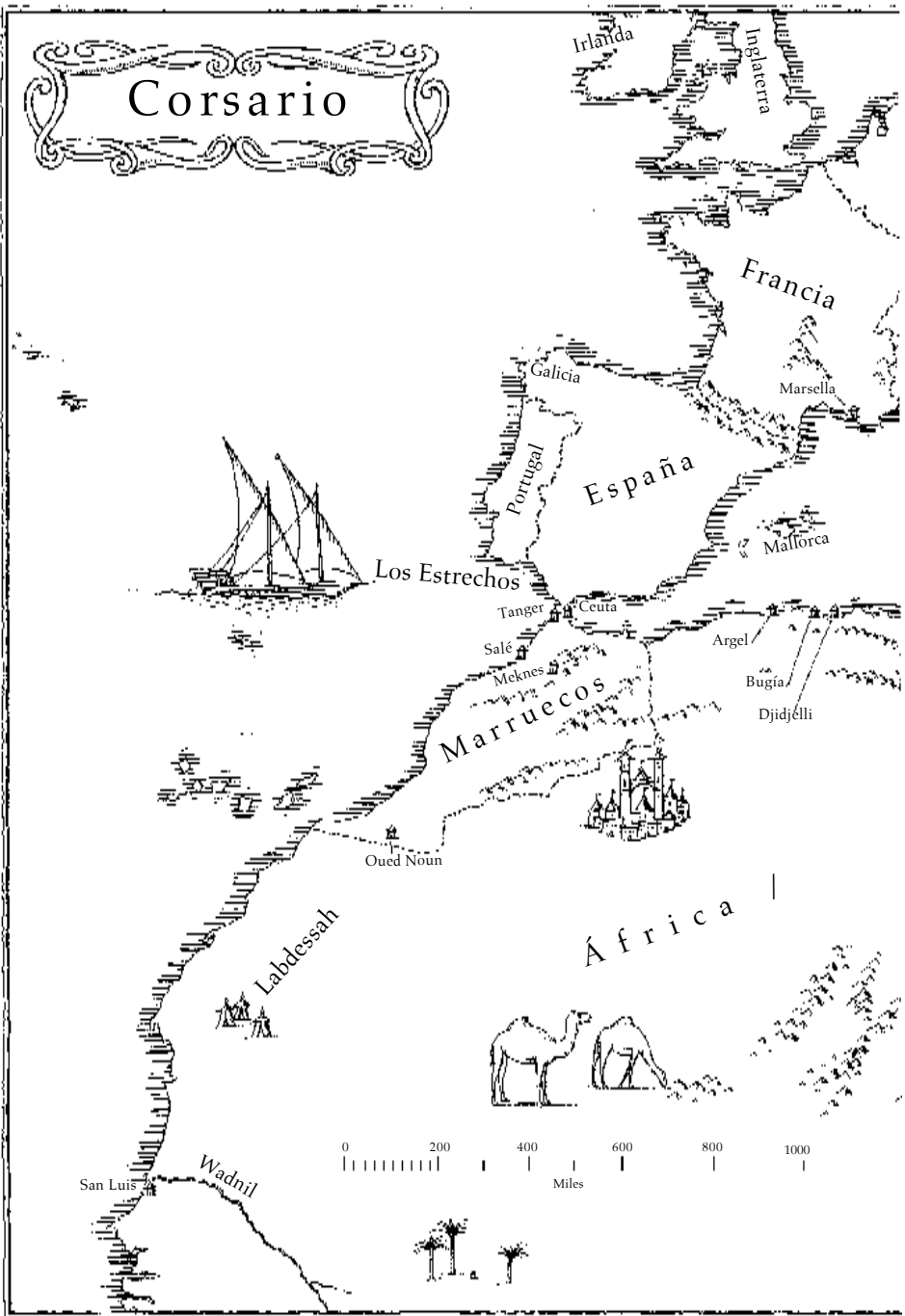
Corsario

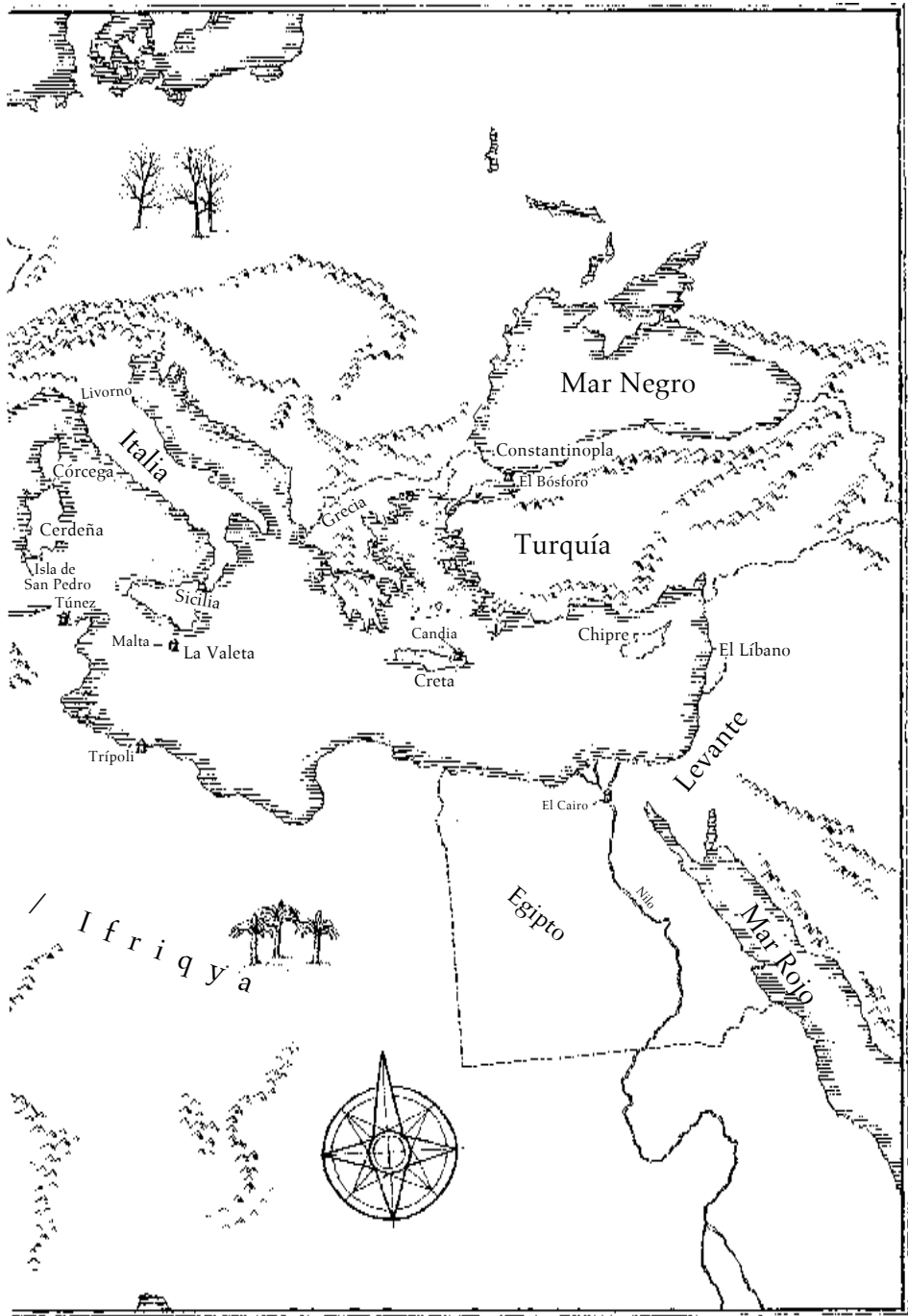
Tim Severin

Traducción de Juan José Llanos Collado



Corsario





Llegaron una hora antes del amanecer, cuarenta hombres en dos barcas, con los astiles envueltos en jirones de algodón para atemperar el crujido de los remos, mientras los remeros sumergían con cuidado las palas en la tersa negrura del mar. Las barcas eran de diseño local, pues las habían sustraído de un puerto pesquero la semana anterior, de modo que si un guardacostas los hubiera divisado mientras se aproximaban, el centinela podría haberlos tomado por pescadores que regresaban temprano a casa, acabada su jornada nocturna. Sin duda, los invasores confiaban en que sus naves nodriza fueran invisibles desde la cima de los acantilados, pues habían esperado pacientemente más allá del horizonte, merodeando con las velas arriadas, hasta obtener las condiciones que deseaban: un mar en calma y un fino velo nuboso que tamizase la luz de las estrellas. No había luna.

Los remeros moderaron su boga cuando las dos barcas se deslizaron en la pequeña ensenada. Oyeron el oleaje apagado y el reflujó de las pequeñas olas que lamían los guijarros, y después un chapoteo sigiloso, cuando los hombres de proa saltaron y sujetaron las barcas mientras los invasores se hundían hasta la rodilla en los bajíos. El agua estaba caliente para la época del año, pero estaba mucho más fría que en los mares a los que estaban acostumbrados. Muchos de los invasores estaban descalzos, y cuando emprendieron la marcha hacia el interior, las callosas plantas de sus pies advirtieron el cambio desde las piedras pulidas de la playa hasta los

prados herbosos, y más adelante el chapaleo esponjoso de un cenagoso lecho fluvial. El olor de la materia vegetal descompuesta ascendió en el húmedo aire estival. Delante de ellos, un pájaro que anidaba en el pantano prorrumpió de los juncos y se alejó con un repentino estrépito de alas.

Al cabo de diez minutos de fácil ascenso por el lecho del cauce, llegaron a la línea divisora de aguas. Desde una franja de terreno uniforme, divisaron su objetivo al pie de la ladera opuesta. La aldea se hallaba a menos de un kilómetro y medio de distancia: un cúmulo achaparrado de techumbres oscuras recortadas contra el trémulo resplandor de la anchurosa bahía que se adentraba en la lejanía de la línea costera irregular y rocosa, proporcionando un fondeadero inmenso pero desierto. No se veía una luz, y todavía no se habían dado gritos de aviso.

Los invasores descendieron por la ladera, avanzando ahora con mayor premura, y se hallaban en las afueras del pueblo antes de que ladrara el primer perro.

—¿Quién anda ahí? —gritó una voz femenina, procedente de una de las cabañas de techo turbio. Hablaba con el tono suave y fluido del habla local.

—Vuelve a dormir, mujer —le respondió en su propia lengua uno de los invasores. Se produjo una breve pausa cuando los hombres se detuvieron a escuchar. El silencio volvió a imponerse, excepto por el gruñido mortecino del perro suspicaz. Los intrusos avanzaron en silencio, desplegándose por la calle principal.

En el mismísimo centro del pueblo, en una de las pocas casas construidas con piedras, Hector Lynch abrió los ojos. Estaba tendido en la completa oscuridad, preguntándose qué le había despertado. A veces, en las noches tranquilas, el silencio era tal que podía oírse el lejano estallido de las olas que rompían contra las rocas en la estela de una fuerte marejada, mientras el Atlántico consumía sin cesar la costa de granito. Pero esta noche había algo melancólico y sofocante en la ausencia de sonido. Era como si el pueblo se hubiera asfixiado mientras dormía, y estuviese muerto. Casi desde que tenía memoria, Hector y su hermana Elizabeth habían ido allí cada

verano para estudiar en el convento de frailes franciscanos erigido en la isla de la boca del puerto. Su madre insistía en que Elizabeth, dos años menor, y él aprendieran de los Frailes Grises el latín y los principios de la fe católica que ella profesaba. Procedía de una familia española de armadores gallegos que se habían dedicado durante generaciones al comercio de vino con aquel remoto rincón del suroeste de Irlanda, donde había conocido a su marido y se había casado. Su esposo pertenecía a la burguesía protestante empobrecida por la reciente guerra civil, y le interesaba más que sus hijos aprendieran habilidades prácticas y domésticas que les ayudasen a prosperar en la jerarquía protestante que ahora gobernaba la tierra. La ascendencia mixta de sus hijos se advertía en su piel cetrina, sus ojos oscuros y su cabello azabache, que Hector y Elizabeth habían heredado de su madre (a los quince años, la muchacha estaba a punto de convertirse en una verdadera belleza), así como en su dominio de los idiomas. Empleaban el inglés para dirigirse a su padre, el español con acento gallego cuando estaban a solas con su madre, y el irlandés en verano, entre sus compañeros de juego, que pertenecían a las familias de pescadores más pobres.

Hector se puso de lado y procuró volver a dormirse. Esperaba que este fuera el último verano que Elizabeth y él pasaran en aquella aldea aislada. Su padre había muerto en enero y después del funeral su madre había insinuado a su familia política que estaba pensando regresar a España, llevándose consigo a sus hijos. Hector nunca había visitado España (en realidad, nunca había viajado más lejos de la ciudad de Cork), y sentía el anhelo de ver el mundo propio de un muchacho de diecisiete años. Abrigaba la convicción secreta y romántica de que su nombre, Lynch, era un presagio, pues la versión irlandesa del mismo, O'Loinsigh, significaba «marinero» o «trotamundos».

Estaba considerando la posibilidad de realizar un viaje a España, y cómo sería, cuando oyó el primer pistoletazo.

Era la señal para que los invasores empezaran a derribar puertas y arrancar postigos. Ahora hacían todo el ruido y el alboroto que podían. Proferían gritos y alaridos, golpeaban las jambas de las puertas con sus porras, y derribaban las pilas de aperos de labranza. En respuesta, todos los perros del pueblo

empezaron a ladrar con saña, y en algún lugar un burro rebuznó de pánico. En el interior de las cabañas, los ocupantes se quedaron estupefactos por el repentino estruendo. Muchos dormían en camas que eran poco más que montones de helechos secos cubiertos con mantas, tendidos en el suelo de tierra batida, y todavía se estaban poniendo en pie, atontados, cuando los intrusos irrumpieron entre ellos. Los niños se aferraron a sus madres, los bebés comenzaron a llorar, y los adultos se encontraban desorientados y aturcidos cuando los invasores empezaron a arrearles hasta el exterior. Los que se resistieron lo hicieron debido a la confusión y al cansancio más que a una noción de desafío. Una bofetada en la cara o una patada precisa en el trasero les hicieron cambiar de opinión enseguida, y salieron a trompicones para unirse a sus vecinos en la calle.

El primer rubor del alba concedió suficiente luz a los invasores para llevar a cabo su selección. Rechazaron a los que estaban quebrantados debido a la edad y el trabajo duro, o claramente malformados. Fueron rechazados un joven con una pierna gravemente torcida y un viejo chocho que, desamparado e inmóvil, movía la cabeza de un lado a otro, intentando comprender el tumulto que lo rodeaba. También descartaron a los bebés. Un invasor arrancó con indiferencia a una criatura de menos de seis meses de los brazos de su madre y se lo entregó a la vieja más próxima como si fuera un paquete no deseado. Después empujó a la madre hacia el grupo elegido de hombres sanos, mujeres y niños que aparentasen al menos cinco años de edad.

Pero no atraparon a todos. Se produjo un revuelo cuando divisaron a una figura que escapaba por el camino que conducía al interior. Al grito de una orden, los dos invasores que habían partido en pos del fugitivo regresaron para unirse de nuevo a sus compañeros. El corredor pretendía buscar ayuda y alertar a la milicia local, pero los invasores sabían que la aldea estaba demasiado aislada para que el auxilio llegase a tiempo, de modo que prosiguieron su selección con tranquila eficacia.

Hector salió a gatas de la cama y se estaba subiendo los calzones cuando se abrió de golpe la puerta de su dormitorio. En el pasillo, había una persona que sostenía un farol de modo que la luz cayera

de lleno sobre él. Tras la luz distinguió las siluetas de tres hombres que irrumpieron en la habitación. Vislumbró momentáneamente un rostro bigotudo cuando unos brazos fornidos se alargaron hacia él. Se retorció hacia un lado, intentando evadir las manos codiciosas, pero tropezó con otro hombre que lo había rodeado por detrás. Alguien lo asió por la cintura, y las aletas de su nariz se llenaron de olor a sudor y una suerte de fragancia exótica. Hector se revolvió con urgencia de un lado a otro, intentando liberarse. Entonces descargó la cabeza hacia atrás, como hiciera cuando peleaba con sus amigos en sus juegos infantiles, pero en esta ocasión con violencia. Sintió un satisfactorio porrazo cuando su cráneo golpeó de lleno el rostro de su atacante. Se oyó un gruñido de dolor, y su captor se relajó lo bastante como para liberarse de él con un movimiento brusco. Se arrojó hacia la puerta, pero otro de los hombres se interpuso para bloquear su huida. Lo apresaron nuevamente, esta vez con una llave al cuello. Ahogándose, hincó el codo en las costillas de su asaltante, solo para que una mano le tapase la boca. Hector le propinó un feroz mordisco. Oyó que alguien juraba y mascullaba un comentario. Se percató entonces de que los hombres que intentaban reducirle no deseaban hacerle daño, y eso le infundió esperanzas. Percibió el mordisco de la sogá cuando alguien intentó amarrarle las muñecas, pero malogró su empeño nuevamente, pues deslizó la mano fuera del lazo. Se arrojó de nuevo hacia la puerta, solo para que esta vez le pusieran la zancadilla y cayera despatarrado, estrellándose dolorosamente contra la pared. Mientras intentaba ponerse de nuevo en pie, levantó la vista y vio que el hombre del farol no se había involucrado en la refriega, sino que sostenía la luz para que sus compañeros pudieran hacer su trabajo. Al fin, Hector vio claramente a sus atacantes. Tenían la piel morena y estaban ataviados con pantalones bombachos y chaquetas ordinarias de marino. El hombre del farol llevaba un pañuelo largo, estampado con cuadros rojos y blancos, envuelto repetidamente en torno a la cabeza. Hector parpadeó de asombro. Era la primera vez que veía un turbante.

Un momento después un cuarto hombre franqueó la puerta confiadamente. Llevaba el mismo atuendo que los demás, solo que

más rico, con un chaleco brocado sobre la camisa holgada, y su turbante rojo y azul era más voluminoso todavía y estaba hecho de paño fino. Era un hombre mucho mayor, con la barba blanca pulcramente recortada, y parecía impertérrito ante la conmoción. Sostenía una pistola en la mano. Por un momento, Hector pensó que iban a dispararle por resistirse con tanta violencia. Pero el recién llegado se acercó a Hector, que estaba casi postrado, y, volteando la pistola con precisión, descargó la culata sobre la cabeza del joven.

Justo antes de la explosión de dolor y el negro olvido que siguieron, Hector oyó el sonido que habría de atormentarle en los meses venideros: los gritos frenéticos y repetidos de su hermana Elizabeth pidiéndole ayuda.

El sonido discordante de la cuaderna contra su mejilla lo devolvió a la consciencia. Estaba apoyado contra una especie de tabique de madera, tendido en una posición incómoda, y su rostro había rozado los tablones al resbalar. Sentía un palpitante y doloroso chichón en la cabeza y tenía la piel húmeda y fría. Lo que era peor, parecía que giraba sin control en un negro vacío que se expandía y se contraía constantemente con cada latido de su corazón. Presa de las náuseas, Hector mantuvo los ojos cerrados y, desde las profundidades de su estómago, vomitó. Era miserablemente consciente de que a su alrededor el mundo se balanceaba y daba sacudidas, mientras en las inmediaciones, detrás de su oído, se oía el gorgoteo remolinante del agua en movimiento.

Hector solo había estado en el mar en barquitas de pesca y cuando este estaba en calma, de modo que nunca había experimentado el tormento del mareo agudo. Así pues, transcurrieron varias horas hasta que se recuperó lo bastante como para percibirse de su entorno. Se encontraba en las entrañas de una nave. Eso estaba claro. Percibía el fétido hedor del agua de sentina, los crujidos y gruñidos de la madera sobre la madera, y el sonido del agua en movimiento cuando las olas arremetían contra el casco. El cabeceo y el balanceo del buque le revolvían el estómago, y su malestar empeoraba debido al hecho de que apenas penetraba luz en la bodega del buque. Suponía que era de día, pero ignoraba si por la mañana o por la tarde, y cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Desde que siendo niño se cayera de un árbol y aterrizara de cabeza, no se había sentido tan

magullado y lastimado. Extendió una mano vacilante para palparse el chichón del cráneo, solo para descubrir que sus muñecas estaban constreñidas por esposas de hierro, de las cuales partía una gruesa maroma alquitranada que llevaba a un perno hundido en una viga transversal.

—Es para que no causes problemas ni te tires por la borda —dijo una voz taimada en las proximidades. Sobresaltado, Hector se volvió para ver a un anciano agazapado junto a él. Estaba sucio y calvo, y tenía una expresión complacida en su rostro de mejillas hundidas, cuya piel estaba cubierta de manchas enfermizas. Hector dedujo que su observador estaba disfrutando de la visión de su sufrimiento.

—¿Dónde estoy? ¿Cuánto tiempo he estado aquí? —preguntó. El residuo del vómito en la garganta le producía un sabor agrio. El hombre se echó a reír y no respondió, sino que se escabulló y se tendió en los tablones de la cubierta con excesivo cuidado, apartando el rostro de Hector.

Al no obtener respuesta, Hector continuó examinando su entorno. La bodega medía unos cinco pasos de ancho y diez de largo, y apenas había altura suficiente para que se incorporase un hombre de estatura ordinaria. En aquel espacio desprovisto de aire, había unas treinta personas sentadas, abatidas o desplomadas en los tablones del suelo. Algunos se habían tapado con viejos sacos de carga a modo de mantas. Otros estaban acurrucados, con la cabeza enterrada en los brazos. Hector reconoció a varios aldeanos: la figura desgarbada del carpintero y, sentado justo a su lado, un labrador joven y fuerte al que a veces había visto salir del pueblo llevando al hombro una pala de hoja fina llamada *slèan* para cortar turba en la ladera de la colina. Dos hombres, a todas luces hermanos, eran los mismos pescadores que se turnaban para transportar en barca a quienes visitaban el convento de la isla, y un hombre mayor con un corte en la mandíbula, donde alguien debía haberlo golpeado con un garrote, era el tonelero que fabricaba los barriles donde los aldeanos salaban su provisión invernal de sardinas. Todos llevaban todavía la mezcolanza de ropa que se habían puesto cuando los raptaron de sus hogares, y tenían un aspecto abatido y desolado. También había media docena de niños. Uno de ellos, de

quizá seis o siete años de edad, se quejaba debido al miedo y al agotamiento.

Pero los aldeanos no eran los únicos ocupantes de la bodega. Había varios desconocidos. Además del andrajoso lunático entrado en años que le había abordado, había un grupito de hombres con aspecto de marinos, y un hombre grueso con peluca sentado a solas en un rincón. A juzgar por su vestimenta lujosa pero sucia, debía tratarse de un mercader o de un próspero tendero. Cómo habían llegado a encontrarse juntos en aquel entorno extraño y lúgubre era algo que Hector no alcanzaba a comprender.

Entonces, abruptamente, recordó el llanto desesperado de su hermana pidiendo ayuda y, mirando nuevamente en torno a la bodega, advirtió que no había mujeres en el grupo.

Resonó el golpe sordo de un martillazo. Procedía justo de arriba, y el sonido se magnificaba en aquel espacio hueco. A continuación un rayo de luz rasgó la penumbra. Hector levantó la vista con los ojos entornados hacia el punto donde se estaba abriendo una escotilla. Aparecieron un par de pies descalzos y unas pantorrillas, cuando el marinero descendió la escalera que conducía a la bodega. El hombre llevaba el mismo atuendo que quienes lo habían atacado. Era moreno y tenía la barba poblada y un cuchillo de marinero suspendido de un cordón que le rodeaba el cuello. Portaba un gran canasto de mimbre que depositó en el suelo. Sin decir una palabra, volvió a ascender la escalera y cerró la escotilla. Un momento después, Hector escuchó el sonido de cuñas que se clavaban. Algunos de los hombres con aspecto de marineros se acercaron de inmediato al pie de la escalera y empezaron a rebuscar en el cesto.

Las ataduras de Hector eran lo bastante largas como para permitirle unirse a ellos, y así descubrió que estaban sacando rebanadas de pan, finas y bien cortadas, que a continuación troceaban y se repartían entre ellos. Junto al canasto había una pequeña tina de agua con una cuchara de madera. Hector dio un sorbo, escupió para enjuagarse la boca y luego bebió profundamente. Partió un pedazo de pan y lo probó. Era un poco basto, pero sustancioso. En el canasto también había frutas pequeñas que reconoció como un manjar que su madre había recibido en ocasiones de su familia en España. Mordió una y escupió el hueso: se trataba de una aceituna. Después

de escoger media docena de estas y otro pedazo de pan, se retiró a su puesto junto al casco y empezó a comer, sintiéndose mejor con cada bocado. Ahora se percataba de que era el único al que habían esposado y atado. Los demás ocupantes de la bodega podían moverse de un sitio a otro.

Mientras se alimentaban sus compañeros de cautiverio, Hector empezó a arañar sin cesar el nudo que lo ataba al perno. Era una especie de complicado nudo marinerio, pero al fin consiguió desatarlo. Sosteniendo su atadura en un lazo para no tropezarse con ella, Hector se acercó a hablar con los aldeanos. Se sentía un poco incómodo. Aunque había pasado los veranos entre ellos, no conocía muy bien a ninguno de los hombres de más edad. La diferencia de clase era demasiado grande; el hijo de un caballero, aunque venido a menos, tenía poco en común con los labradores campesinos y los pescadores.

—¿Alguien ha visto a mi hermana Elizabeth? —preguntó, avergonzado por plantear semejante pregunta cuando sabía que aquellos hombres debían tener sus propios problemas inmediatos. Nadie le respondió. Se arrodilló junto al tonelero, que siempre se le había figurado un hombre de familia sobrio y juicioso, y repitió su pregunta. Advirtió que el tonelero había estado llorando. Había surcos allí donde las lágrimas habían resbalado por su rostro para mezclarse con la sangre que manaba del corte en el mentón— ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está mi hermana Elizabeth? —repitió. El tonelero no pareció entender la pregunta, pues solo farfulló:

—Dios ha hecho un segundo Rapto. Le prometió a Israel el retorno del cautiverio, pero a nosotros nos castiga por segunda vez, y nos abandona en la oscuridad.

El hombre era un devoto practicante, recordó Hector. Al igual que todos los comerciantes, el tonelero era protestante y rendía culto con asiduidad en la capilla del pueblo. Eran los más pobres, los pescadores y los campesinos sin tierra, quienes eran católicos, y cada domingo cruzaban las aguas para asistir a misa con los frailes de la isla. Hector, de padre protestante y madre católica, nunca había pensado mucho en aquella componenda. Tenía poco interés en la religión, si acaso alguno, y se inclinaba hacia una fe o la otra con la misma facilidad con que cambiaba de idioma al hablar con sus

padres. Recordaba vagamente que la gente hablaba de «el Rapto», pero casi siempre en susurros, y nunca había inquirido al respecto, creyendo que no era asunto suyo.

Decidiendo que debía tomar cartas en el asunto si quería descubrir lo que estaba sucediendo, se incorporó y se acercó a la escalera que conducía a la escotilla. Cuando subió, empezó a golpear rítmicamente el lado inferior de la madera con los grilletes de sus manos. En cuestión de segundos, oyó un grito airado y después el sonido de pies a la carrera. Una vez más se abrió la escotilla, pero solo una rendija, y durante un efímero instante atisbó un vislumbre de cielo azul con nubecillas blancas, antes de que la punta de una espada de hoja ancha se precipitase hasta escasos centímetros de su rostro. Permaneció inmóvil para no seguir provocando al espada-chín, y luego inclinó lentamente la cabeza hacia atrás para poder levantar la vista y dijo con cuidado, primero en inglés y luego en español:

—Por favor, ¿puedo hablar con el capitán? —Al otro lado de la hoja distinguía el rostro del mismo marinero que les había llevado el canasto de pan. El marinero lo contempló por un momento, y vociferó en un idioma que el muchacho no comprendió. Hector oyó un diálogo murmurado. La escotilla se abrió un poco más y un segundo hombre, presumiblemente un contramaestre, le indicó con ademanes que subiera.

Torpe a causa de los grilletes, sosteniendo todavía el lazo de su ligadura en la mano, Hector emergió a gatas de la escotilla. Después de la oscuridad viciada de la bodega, el mundo estaba lleno de luz y de brillo, e inhaló profundamente, contento de llenar sus pulmones con el aire puro del mar y de sentir la brisa sobre su piel. Se encontraba en la cubierta de un buque de buen tamaño y, aunque no era un marinero, advirtió que la nave avanzaba con rapidez sobre un mar de color azul tan vibrante que casi le lastimaba los ojos. Cuando el buque se inclinó levemente ante una bocanada de viento, perdió el equilibrio y al recobrase echó un vistazo por encima de la banda de la nave. Allí, a un tiro de mosquete de distancia, divisó una segunda nave que se desplazaba velozmente describiendo una trayectoria paralela, manteniéndose a su altura. En la punta de cada uno de sus mástiles ondeaban largos banderines, de color rojo

sangre, y en la popa flameaba una gran bandera verde decorada con tres lunas crecientes plateadas. El contraмаestre, un hombre menudo y musculoso, se mantenía firme sin esfuerzo sobre la cubierta inclinada, esperando a que hablase.

—Por favor —dijo Hector—, deseo hablar con vuestro capitán. —Los ojos del hombre, de color marrón oscuro, lo inspeccionaron. Para su sorpresa, el examen no fue hostil, sino meramente profesional. Alargó la mano para asir la atadura del joven y lo condujo como una vaca a su establo a la popa del buque. Allí, bajo un toldo, Hector divisó al mismo hombre de barba blanca que le había derribado tan hábilmente con la culata de la pistola. Hector juzgó que rondaba los sesenta años, quizá más, pero parecía pulcro y en buena forma, e irradiaba autoridad. Estaba cómodamente sentado sobre unos cojines, con un plato de fruta a su lado, y se estaba explorando la boca con un palillo de plata. Observó con gravedad a Hector y a su acompañante cuando estos se acercaron, y escuchó el informe del contraмаestre. Entonces, dejando a un lado el palillo, dijo:

—Tienes coraje, joven. Ofreciste mucha resistencia, y ahora no temes lo que mis hombres puedan hacerte si los enfureces.

—Con la venia de vuesa merced... —empezó Hector, y entonces se interrumpió abruptamente. Se quedó boquiabierto. Estaba a punto de preguntar qué le había sucedido a Elizabeth, y había precisado varios segundos para percatarse de que el capitán de la nave le había hablado en inglés. Por un momento pensó que había oído mal, o que era fruto de su imaginación. Pero no, el capitán continuó en un inglés preciso, aunque un poco vacilante, como si en ocasiones estuviera buscando la expresión correcta.

—Dime, ¿qué estabas haciendo en el pueblo?

Hector estaba tan asombrado que apenas pudo proferir palabra.

—Estudiaba con los frailes de la isla. Con mi hermana. ¿Cómo es...? —titubeó.

—¿Cómo es que hablo tu idioma? —El capitán concluyó la pregunta por él—. Porque yo también soy de ese pueblo. Ahora me llamo Hakim Reis, pero antaño era conocido como Tom Pierce. Pero eso fue hace mucho tiempo, más de cincuenta años. Dios ha sido bueno conmigo.

La mente de Hector estaba sumida en la confusión. No lograba imaginar cómo aquel exótico navegante, con su atuendo extranjero y sus maneras extravagantes, podía afirmar que venía de una humilde aldea de la costa atlántica de Irlanda. No obstante, el capitán hablaba inglés con el ritmo distintivo de la región.

Hakim Reis advirtió su perplejidad.

—Solo tenía siete años cuando me apresaron, junto con mi madre, mi padre, dos hermanos y mi abuela. Nunca volví a verlos después de desembarcar —dijo—. En aquel momento pensé que era una tragedia infausta. Ahora sé que fue voluntad de Dios, y le doy las gracias por ello. —Alargó una mano para coger una fruta, la masticó y repuso el hueso en el plato.

»De modo que sentía curiosidad por ver cómo era ahora ese lugar. Por eso decidí hacer una breve visita, y ¿de qué serviría una visita, si no me reportase algún beneficio? Debo admitir que no es como yo recordaba, aunque, claro está, todavía sabía dónde estaba el embarcadero oculto y cómo acercarme sin que me vieran. Ahora el pueblo es más pequeño, o quizá eso es lo que parece siempre que uno vuelve a visitar un paraje de la infancia. Todo se ha encogido.

Para entonces Hector se había sobrepuesto lo bastante a la sorpresa como para repetir la pregunta vital que le asediaba.

—Por favor —volvió a intentar—, me gustaría saber qué le ha sucedido a mi hermana. Se llama Elizabeth.

—Ah, la hermosa muchacha que estaba en la casa donde te encontramos. Arañó a mis hombres como un gato salvaje. Semejante ferocidad debe ser un rasgo de familia. No ha sufrido daño alguno, y se encuentra a salvo.

—¿Dónde está ahora? ¿Puedo verla?

Hakim Reis se limpió los dedos con una servilleta.

—No. Eso no es posible. Siempre mantenemos a los hombres apartados de las mujeres. Tu hermana está a bordo del otro buque.

—¿Cuándo volveré a verla?

—Eso está en manos de Dios. Nos dirigimos a casa, pero en el mar, nunca se sabe.

—Entonces, ¿adónde nos lleváis?

El capitán pareció ligeramente sorprendido.

—Pensaba que te habrían informado. ¿Acaso no te lo dijeron los aldeanos más viejos? Debe haber algunos que recuerden la última vez que sucedió esto. Pero, por supuesto, pertenecen a una generación distinta, o tal vez los que se quedaron atrás decidieron olvidarlo.

—Uno de los hombres de la bodega me habló de «el Rapto» —observó Hector.

—De modo que así es como lo llaman. No es un mal nombre. Era Murat Reis quien mandaba en aquella época, un gran capitán, cuya memoria todavía se honra. Extranjero de nacimiento como yo, flamenco de origen. Fíjate, no tenía mi conocimiento local, de modo que se vio obligado a emplear como piloto a un hombre de Dungarvan para que le guiase hasta el interior.

Hector recordó que ningún aldeano mencionaba jamás el nombre del pueblo de Dungarvan sin escupir, así como rumores sobre un habitante de Dungarvan al que habían ahorcado por traidor. El capitán extranjero se estaba dejando llevar por la nostalgia.

—Cuando era niño, recuerdo que mi padre nos prohibía a mis hermanos y a mí que jugásemos con los niños sucios, como los llamaban. Nos decía que si lo hacíamos contraeríamos enfermedades horribles. Se refería a los católicos, desde luego. En aquella época, la aldea era notable por acoger a muchos protestantes. Dime, ¿sigue siendo así?

—Eso creo, señor. Ahora hay un nuevo terrateniente, y ha ampliado la capilla. Favorece abiertamente a quienes profesan la fe protestante. Los católicos deben ir a misa con los frailes de la isla, y procuran hacerlo sin llamar la atención.

—Qué poco cambian las cosas. Cuanto más oigo hablar de las disputas y rivalidades entre los cristianos, más me alegro de haber tomado el turbante. —Reparando en la perplejidad de Hector, añadió—: Algunos lo llaman «volverse turco».

Hector todavía parecía inexpresivo.

—Me convertí a la fe verdadera que predicó el profeta Mahoma, alabado sea, y glorificado. No fue una decisión demasiado difícil, para alguien cuyos recuerdos del hogar solo eran de frío y de humedad, y de un lugar donde todos debían trabajar como esclavos para pagar la renta a un terrateniente lejano. Por supuesto, no me

convertí de inmediato, sino después de servir al hombre que me compró. Fue un buen amo.

Hector comprendió al fin. Quizá la conmoción de su captura, combinada con el golpe en la cabeza y sus temores por Elizabeth, había empañado lo que ahora era evidente: Hakim Reis era un corsario. Debía venir de uno de los estados piratas de Berbería, en la costa del norte de África, cuyas naves infestaban los accesos al Mediterráneo y el Atlántico. Interceptaban y saqueaban naves, y sometían a sus tripulantes a la esclavitud. De tanto en tanto, también realizaban incursiones en tierra firme para capturar esclavos. Hector se preguntó cómo podía haber tardado tanto en darse cuenta. Una noche, varios años atrás, su padre había recibido a una celebridad local, el vicario de la cercana localidad de Mitchelstown, que era afamado por haber sido esclavo de los corsarios. Al cabo, habían pagado el rescate del vicario, y este se encontraba entonces muy solicitado en los convites, donde solía narrar sus experiencias. Hector, a quien le habían permitido quedarse a escuchar, recordaba a un hombre alto y de aspecto más bien demacrado que describía con voz ronca las condiciones de los calabozos de los esclavos. Hector se esforzó por recordar su nombre. Tenía una connotación cómica, alguien había provocado una carcajada al referirse a un pez atrapado por la bahía. Eso era, el reverendo se llamaba Deveraux Spratt, y había sido cautivo de un potentado extranjero llamado el bey.¹ Por desgracia, el reverendo había echado a perder el juego de palabras anunciando, melindroso, que el bromista ignoraba la geografía de los estados berberiscos. Bey era el título que ostentaba el gobernante del estado de Túnez, mientras que él había sido prisionero del gobernante de Argel, cuyo título era dey.

—Os suplico en nombre de vuestro Mahoma —rogó Hector— que cuando arribemos a nuestro destino me permitáis hablar con mi hermana.

¹ N. del T.: Juego de palabras intraducible. El apellido del reverendo se pronuncia igual que *sprat*, que significa «espadín», y *bey* se pronuncia igual que *bay*, que significa «bahía».

—Pasaremos por lo menos otra semana en el mar. —Hakim Reis le dedicó a Hector una mirada astuta, y este advirtió que los ojos del corsario eran de color gris pálido, en contraste con el intenso bronceado de su rostro—. ¿Me das tu palabra de que no causarás problemas durante ese tiempo, ahora que sabes que hay una posibilidad de que puedas hablar con ella? —Hector asintió—. Bien, daré orden de que te quiten esos grilletes. Y no estés tan abatido. Tal vez tu vida sea dichosa, como la mía, y llegues a mandar una magnífica nave. Además, te venderás por un precio mayor si tienes una cara más feliz. —Y, ante el asombro de Hector, sostuvo el plato de fruta y dijo—: Toma, llévate un puñado. Te recordarán que la vida puede ser tan dulce como tú deseas hacerla.

El capitán habló brevemente con el contramaestre y este sacó una llave para abrir las esposas. Luego acompañó a Hector de nuevo hasta la escotilla y le indicó con un ademán que volviese a descender a la bodega. Una vez más, Hector oyó cómo se hundían las cuñas.

Esperaba que sus compañeros de cautiverio le preguntasen cómo era estar en cubierta. Pero la mayoría ignoró su regreso. Estaban apáticos, como si hubieran aceptado su destino. Alguien estaba musitando una oración para salvarse, repitiéndola una y otra vez. Era un sonido deprimente, y en la penumbra no podía ver de quién se trataba. La única persona alerta a su regreso fue el viejo loco. Mientras Hector se acomodaba de nuevo en su lugar, volvió a acercarse sigilosamente y siseó:

—¿Va a ser Argel o Túnez?

—No lo sé —respondió Hector, sorprendido por la precisión de la pregunta del anciano.

—Mientras no sea Salé —musitó el viejo, más para sí mismo que para Hector—. Dicen que es el peor sitio de todos. Calabozos subterráneos donde puedes ahogarte en mierda líquida, y cadenas tan pesadas que apenas puedes caminar. Me dijeron que tenía suerte de estar en Argel.

—¿Quién te lo dijo, y cómo que suerte? —le interpeló Hector, preguntándose qué balbuceaba su compañero de cautiverio. Este le respondió con otra mirada furtiva.

—Intentas pillarme, ¿verdad? Pues esta vez no lo conseguirás —resolló el demente, y de pronto asió la mano del joven y exigió

con fiereza—: ¿Qué tienes ahí? ¡Compártelo! ¡Compártelo! —Hector se había olvidado de la fruta que le habían dado. Suponía que eran aceitunas, aunque su contacto era más pegajoso. El anciano le arrebató una y se la metió en la boca. Empezó a babear—. Dátiles, dátiles —se regodeó. Hector probó uno. Para su paladar, era la fruta más dulce que hubiese conocido, como si estuviera empapada en miel, y tenía una semilla dura en el centro.

—¿Has estado en Argel? —preguntó, ansioso por deducir cualquier información sobre su destino.

—¡Claro! ¿Acaso no estuve allí durante cinco años, y más? Y después dudaron de las historias que tenía que contar.

Hector estaba cada vez más confundido por las divagaciones del viejo.

—No es que dude de ti. Es que no sé nada de estas cosas.

—Te juro que fui un esclavo *beylik* durante esos cinco años, casi siempre en las canteras, pero a veces en el muro del puerto. Pero nunca renuncié a mi fe, no, aunque otros lo hicieran. Incluso cuando me golpeaban, resistí. Lo que sucedió después fue más cruel.

—¿Qué puede ser peor que la esclavitud? ¿Y qué es un *beylik*?

El anciano ignoró la pregunta. Se estaba poniendo histérico. Asió el brazo de Hector y le hundió sus dedos huesudos.

—Después de comprarme, me trataron como si fuera estiércol —siseó.

—¿Te refieres a los argelinos?

—No. No. A esos hipócritas santurriones. Después de pagar mi rescate, creyeron que les pertenecía. Me exhibieron, a mí y a una docena de hombres. Parecíamos monos a los que mirar. Nos obligaban a llevar nuestras viejas prendas de esclavos, el bonete rojo y la túnica fina, aunque nos pelásemos de frío. Nos hacían ponernos en pie y clamar desde sus carros, sacudiendo nuestras cadenas y contando nuestras penas. Es decir, hasta que se hartaron de nosotros. Entonces nos liberaron, con una mano delante y otra detrás. De modo que volví al mar, es el único oficio que conozco, y ahora estoy preso por segunda vez. —Se rió como un maníaco y regresó a su rincón arrastrando los pies, para repetir la peculiar pantomima de tenderse sobre los duros tablones con exagerado cuidado, y después apartó el rostro.

—Estúpido viejo loco. No creas ni una palabra de sus sandeces. Es un charlatán. —El agrio comentario procedía del hombre corpulento de la peluca y la ropa cara pero sucia con aspecto de mercader. Debía haber escuchado la historia del anciano—. Hay muchos embusteros por ahí que afirman que fueron cautivos de los moros y suplican limosna. Son farsantes.

—Pero, ¿a que se refería con lo de exhibirse? —Hector descubrió que le había tomado una antipatía inmediata a aquel hombre.

—Es una técnica que emplean los redentoristas. Son los filántropos que recaudan dinero para comprar de nuevo a los esclavos de Berbería. Después de traerlos a casa, pasean a los miserables por el campo, exhibiéndolos para que la gente común vea los sufrimientos que han arrojado, y eso les aliente a desprenderse de su dinero para financiar más rescates. —Le dedicó una mirada cómplice—. Pero, ¿quién sabe dónde acaba la mayor parte del dinero? Conozco a un agente de rescates, un hombre de la gran ciudad que facilita las reuniones con los judíos que a su vez actúan como intermediarios de los moros. A mi amigo le ha ido notablemente bien, y por eso me digo que no me quedará mucho tiempo en Berbería. En cuanto consiga ponerme en contacto con él, se asegurará de que me rescaten pronto. Entonces volveré a casa con mi esposa y mi familia.

—¿Y qué sucede en caso contrario? —inquirió Hector, con cautela para no decir «a los demás». Le repelía la soberbia egoísta del mercader.

—Depende de la oferta. Si tienes dinero o influencia, preferiblemente ambas cosas, entonces no te quedarás mucho tiempo con los moros. Los que no las tienen deben ser pacientes. Antes o después, cualquier nación que se llame cristiana intenta rescatar a sus ciudadanos, siempre que haya bastantes fondos.

—¿Cómo has llegado aquí?

—Me llamo Josiah Newland, y soy un mercero londinense. Me dirigía a Irlanda cuando me apresaron. Había alguien en Cork que estaba atravesando dificultades económicas y se veía obligado a malbaratar un cargamento de lino. Pensé en llegar allí antes que la competencia. De modo que alquilé una barca de pesca para que me llevase, pero por desgracia fue interceptada por estos piratas descreídos, que nos apresaron a la tripulación y a mí. Esos de ahí son

los miembros de la tripulación —señaló hacia el rincón opuesto, a los hombres que anteriormente se habían arracimado en torno al canasto de pan—. Como puedes ver, están siempre juntos. No son mi tipo en absoluto, ni esos vulgares sujetos —indicó con un gesto al miserable grupo de aldeanos. Era obvio que pensaba que Hector no formaba parte de su grupo.

—Nos capturaron a todos al mismo tiempo —replicó Hector, intentando mantener la neutralidad de su voz. Con cada palabra, Josiah Newland se revelaba como un mojigato egoísta—. Hubo una incursión en nuestra aldea.

El mercader pareció sorprendido, aunque no compasivo.

—Pensaba que esa clase de cosas ya no sucedían. Hubo un tiempo en que los corsarios eran muy audaces. Infestaron nuestras costas hasta que las naves del rey empezaron a patrullar más activamente. Hoy en día esos piratas circunscriben sus actividades a capturar naves en el mar para apropiarse de su cargamento y secuestrar a la tripulación. A decir verdad, yo no habría emprendido mi viaje por la costa si su majestad no hubiese sellado un tratado con los estados berberiscos. Según los periódicos, los turcos prometieron no importunar el tráfico marítimo inglés. Pero bien mirado, no se puede confiar en los turcos, ni en los moros, ya puestos, pues son traicioneros. O tal vez pensaban que el rey de Inglaterra no se molestaría excesivamente por sus súbditos irlandeses, pues le importan poco los papistas.

Hector no replicó. El comerciante solo estaba remedando la actitud del rey y sus ministros de Londres. Para ellos, Irlanda, aunque formaba parte del reino, era un lugar problemático, poblado de súbditos extraños, difíciles y potencialmente desleales, en particular si eran seguidores de la Iglesia de Roma. Hector intentó imaginar la reacción de Newland si le dijera que el capitán corsario que le había tomado prisionero era un renegado irlandés que ahora navegaba bajo bandera musulmana.